

MUJERES EN LAS CIENCIAS DEL DEPORTE

**Aportaciones de las mujeres
a la docencia, la competición,
la investigación
y las profesiones del deporte**

**Ruth Cabeza Ruiz
Maite Pellicer Chenoll**

Editoras

Dykinson, S.L.



MUJERES EN LAS CIENCIAS DEL DEPORTE

**Aportaciones de las mujeres a la docencia, la competición, la
investigación y las profesiones del deporte**

RUTH CABEZA RUIZ
MAITE PELLICER CHENOLL
(Editoras)

MUJERES EN LAS CIENCIAS DEL DEPORTE

Aportaciones de las mujeres a la docencia, la competición, la investigación y las profesiones del deporte

RUTH CABEZA-RUIZ

MAITE PELLICER-CHENOLL

CRISTINA LÓPEZ-VILLAR

CLAUDIA LÓPEZ-LÓPEZ

IRENE MOYA-MATA

LUCÍA CARMONA ÁLAMOS

PEDRONA SERRA PAYERAS

SUSANNA SOLER PRAT

ANNA VILANOVA SOLER

ÉLIDA ALFARO GANDARILLAS

LAURA MORENO-VITORIA

PAULA BIANCHI

TÂNIA BASTOS

PAULA SILVA

NURIA ROMERO-PARRA

ANA CORDELLAT-MARZAL

AINOA ROLDÁN

CRISTINA BLASCO-LAFARGA

RITA SANTOS-ROCHA

SARA TABARES

ISABEL CASTILLO

MARTA-EULALIA BLANCO-GARCÍA

ÁNGELA DOMÍNGUEZ PÉREZ

FELICIDAD RODRÍGUEZ ERICE

Dykinson, S.L.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970/932720407

Este libro ha sido sometido a evaluación por parte de nuestro Consejo Editorial
Para mayor información, véase www.dykinson.com/quienes_somos



©Las autoras
Madrid, 2024

NOTA EDITORIAL: Las opiniones y contenidos publicados en esta obra son de responsabilidad exclusiva de sus autoras y no reflejan necesariamente la opinión de Dykinson S.L ni de los editores o coordinadoras de la publicación; asimismo, las autoras se responsabilizarán de obtener el permiso correspondiente para incluir material publicado en otro lugar.

Editorial DYKINSON, S.L.
Meléndez Valdés, 61 - 28015 Madrid
Teléfono (+34) 915442846 - (+34) 915442869
e-mail: info@dykinson.com
<http://www.dykinson.es>
<http://www.dykinson.com>

ISBN: 978-84-1070-964-5
Deposito Legal: M-1047-2025
DOI: <https://doi.org/10.14679/3779>

Preimpresión:
New Garamond Diseño y Maquetación, S.L.

CAPÍTULO 14

HABITAR LA INCOMODIDAD EN EL DEPORTE: EXPERIENCIAS COTIDIANAS EN TORNO A LAS CORPORALIDADES Y EL GÉNERO

Marta-Eulalia Blanco-García
Universidad Rey Juan Carlos

1. Introducción

El capítulo que se presenta a continuación nace del interés en reflexionar desde los espacios deportivos y hablar a través de los *cueros deportivos*.

El deporte es un escenario de encuentro e intercambio (Sonlleve et al., 2018), en el que median formas características de emocionarnos, sentir, interpretar las emociones y los sentimientos de quienes nos rodean. Asistimos a una cercanía y un contacto físico poco habitual en nuestras relaciones cotidianas; ¿no es lógico pensar que esto influye en a las afectividades, los vínculos y la propia convivencia en el ámbito? En definitiva, el contexto deportivo merece que los estudios sociológicos atiendan su casuística de manera completa, y no sólo en una mera reproducción de sus circunstancias.

Las reflexiones que aquí se presentan provienen de investigaciones que comenzaron hace algún tiempo. Estos estudios tenían una misma finalidad: estudiar el contexto deportivo desde una perspectiva feminista que reivindicase las discriminaciones y vulnerabilidades que se viven en la cotidianidad del deporte. Los diferentes objetos de estudio que se sucedieron mostraban una y otra vez problemáticas comunes: una perpetuación de las discriminaciones de género en los espacios deportivos, una normalización de dinámicas abusivas hacia las mujeres en el deporte, la falta de representación y referentes femeninos en el ámbito, la existencia de violencias, abusos y acosos sufridos por niñas y mujeres, y otras tantas cuestiones adheridas a estas mismas líneas de análisis. Todas estas problemáticas, cada una a su nivel de prevalencia, detección, incluso gravedad, me lleva-

ron a interesarme por las lógicas en las que persisten, a pesar de los cambios sociales que hemos experimentado en los últimos años. Fue entonces cuando empecé a considerar las construcciones de las incomodidades. Estas incomodidades se convierten en un patrón común que sale a la luz a través de las narrativas de deportistas y entrenadores/as a través de sus propias trayectorias deportivas.

Debido a diferentes cuestiones, mis intereses se han dirigido principalmente a estudiar las violencias sexuales en el deporte. Diversas investigaciones han señalado que el ámbito deportivo es uno de los escenarios públicos donde más vulnerables son niñas y mujeres a sufrir abusos y acosos sexuales (Kroshus, 2019). En muchas ocasiones, estos son perpetuados por figuras de poder, como los entrenadores, con consecuencias severas para las deportistas (Fasting et al., 2002). La preocupación ha sido tal, que se han redactado listas de factores de riesgo característicos del contexto y que pueden derivar en esta especial vulnerabilidad, como pueden ser la cercanía entre entrenadores y deportistas, la realización de viajes, el mantenimiento de secretos dentro del grupo, la jerarquización del contexto y el liderazgo otorgado al entrenador (Brackenridge, 2003). Sin embargo, a pesar de que acumulamos más de 20 años de estudios que señalan una y otra vez las mismas circunstancias, las instituciones deportivas parecen no haber encontrado todavía los recursos ni las herramientas necesarias para garantizar la seguridad de niñas y mujeres.

Debido a todo ello, y teniendo en cuenta que hasta el momento no ha sido suficiente con señalar una y otra vez la prevalencia de estas violencias sexuales contra niñas y mujeres, se aprecia la urgencia de ampliar las perspectivas de investigación. Ya no sólo haciendo hincapié en las investigaciones cuantitativas, sino aportando aproximaciones sociológicas cualitativas que nos ayuden a entender qué es lo que ocurre en el contexto deportivo. ¿Por qué se perpetúan los abusos y acoso sexuales contra las niñas y las mujeres en estos espacios? ¿Existen los recursos necesarios para que las víctimas puedan denunciar? ¿Qué ocurre después con estas denuncias? Y más allá, ¿podemos llegar a entender las cotidianidades del deporte como estos espacios de especial vulnerabilidad? Desde las investigaciones cualitativas podremos dar respuesta a estas preguntas; no desde un repaso de denuncias, ni una reproducción de los casos ya conocidos, sino a través del estudio ordinario de las realidades del deporte. Creo firmemente que debemos entender las relaciones que se dan en las cotidianidades deportivas para encontrar la raíz del problema, no sólo en forma de factores de riesgo, sino también para comprender cómo pueden convivir ciertas actitudes o cómo pueden llegar a normalizarse situaciones que serían denunciadas en otros espacios públicos y que en el deporte pasan demasiadas veces desapercibidas.

El camino que aquí comienza destapa circunstancias mucho más complejas en lo que a las afectividades, vínculos y relaciones comprende. Y es que, no sólo se mantiene una masculinización del deporte (Alfaro, 2008), donde los hombres representan un porcentaje bastante más alto de deportistas y entrenadores, o forman parte mayoritaria de las juntas directivas de clubes y federaciones (Anuario de Estadísticas Deportivas, 2023).

Además, se normaliza una convivencia en la que ya no cabe la prohibición de la presencia de las mujeres, pero sí se mantienen prácticas que nos recuerdan una y otra vez dónde debemos sentirnos bienvenidas o no. Esto, desde la sutileza de la profesionalidad, la idoneidad de los puestos, los intereses de las mujeres y, en definitiva, la comodidad o incomodidad al ocupar según qué espacios. En las investigaciones previas se descubrió cómo el contexto deportivo es uno de los principales *vehículos socioeducativos* utilizados actualmente, en tanto conforma una gran heterogeneidad de espacios que nos acompañan a lo largo de la vida, desde la educación física en la escuela, hasta el deporte amateur, el deporte federado y el deporte de alto rendimiento, que envuelve grandes eventos deportivos. De una u otra forma el deporte nos acompaña, pero además es utilizado para garantizar una socialización satisfactoria en las primeras etapas vitales. La mayoría de deportistas destaca cómo fueron apuntados/as a sus actividades deportivas por sus padres, madres o tutores/as, con la finalidad de aprender valores muy idealizados socialmente: compañerismo, solidaridad, generosidad o esfuerzo, entre otros (Blanco García, 2022). Y en esta misma línea, destacan que a través del deporte han aprendido de manera intensa cosas que de otra forma no habrían entendido igual, como es la distribución del tiempo, organización, puntualidad, etc. (Blanco García, 2022). Esta base socioeducativa del deporte sirve de anclaje para los pilares en los que se fundamentan múltiples aspectos positivos del mismo, pero también esas vulnerabilidades que pretendemos visibilizar en este capítulo. Y es que, se perpetúa una masculinización del contexto deportivo guiada por esa tradición deportiva, la falta de referentes y la herencia de un deporte que todavía no ha revisado aspectos primordiales en su contribución a la socialización de los niños y las niñas. Además, en el deporte media una intensidad emocional que tiene mucho que ver con la cercanía y el contacto corporal, y que influye en todos esos aprendizajes que se acaban de señalar. La sensibilidad de las relaciones y la propia intensidad de la convivencia influyen en la interiorización de los aprendizajes y el mismo valor que le aportamos a la manera en la que los hemos adquirido. Por último, el deporte tiene unas formas de organización jerárquica férreas, con una explícita exposición de la autoridad y una evidente división de poderes. La figura masculinizada del entrenador goza de un estatus y poder en el que se normalizan prácticas abusivas sin mayor cuestionamiento. Estos tres pilares erigen el conjunto preciso para que se den dinámicas de vulnerabilidad en el espacio deportivo que, evidentemente, afectan principalmente a las mujeres.

A partir de aquí, entendí que esas dinámicas de vulnerabilidad no se sustentan en divisiones explícitas, puesto que no tendrían cabida en nuestra sociedad actual. Por el contrario, hablan de lo que entendí como la construcción de las (in)comodidades ante la presencia de las mujeres en según qué espacios. El capítulo que aquí se presenta pretende ofrecer un acercamiento a estas realidades, teorizar en torno a estas construcciones de las (in)comodidades de mujeres y hombres, y establecer una relación directa entre todo este conglomerado y las inseguridades y violencias que se han mencionado en párrafos anteriores, de la mano de investigaciones previas. Se demostrará que esos factores de riesgo que señalan la vulnerabilidad de niñas y mujeres, hablan del género y de cómo media en

el contexto deportivo, convirtiendo en cotidianas dinámicas que no tendrían cabida en otros escenarios públicos.

2. Incomodidades y *cuerpos deportivos*: ¿de qué estamos hablando?

No concibo hablar de incomodidades sin entender primero a qué me refiero cuando hablo de *cuerpos deportivos* y por qué son parte imprescindible de estas investigaciones.

Como se ha mencionado en la introducción, estas investigaciones hablan del deporte como un espacio de encuentro, intercambios, experiencias. Por el contrario, estamos muy acostumbradas a asistir a estudios que se refieren a los cuerpos en el deporte como meros reproductores de movimientos mecánicos que tienen una finalidad concreta: mejorar el aspecto físico, tener más fuerza, reducir dolores de alguna patología previa, mejorar una técnica de pase, de tiro, o similares. Todas estas formas de hablar de los cuerpos se refieren a ellos de forma pasiva. Los cuerpos hacen aquello que les mandamos hacer. Además, no hay formas infinitas de hacerlo, sólo aquellas que están estudiadas y que hemos comprobado que nos ayudan a lograr los objetivos que nos hayamos propuesto previamente, solas o acompañadas de profesionales del ámbito. ¿Acaso no es esta una manera deficiente de hablar de todo aquello que hacemos y, en definitiva, que somos en el deporte? A día de hoy son prácticamente nulas las investigaciones sociológicas del deporte que inciden en hablar de nuestras experiencias desde nuestros cuerpos, en tanto medios activos de ser y estar en el contexto.

Por eso, hablar de *cuerpos deportivos* empieza por referirnos a los cuerpos como el eje central mediante el cual interactuamos en cualquier espacio público. Esteban (2013) se refirió a esta mediación de los *cuerpos* con el entorno a través de procesos continuos de construcción de las subjetividades. No podemos hablar del deporte como *vehículo socioeducativo* si no entendemos que en el deporte ocurre algo que no encontramos en otros ámbitos: los cuerpos se acercan, se tocan, se empujan, se chocan, se levantan, se abrazan, se besan, con una cercanía y una naturalidad que no encontramos en otros espacios públicos. Sin entrar en cuantificar estos acercamientos, lo cierto es que quienes hemos vivido en el deporte entendemos que todo esto no ocurre de la misma forma en otros tantos ámbitos y grupos, como pueden ser la escuela, el trabajo, etc. Por eso, no podemos negar que estas implicaciones corporales que nacen en el deporte como espacio de encuentro nos llevan a tejer unas relaciones características con quienes compartimos tales experiencias. Elías y Dunning (1992) en cierta forma ya introdujeron algo parecido cuando se refirieron a la libertad emocional que se encuentra en el deporte por encima de nuestra vida cotidiana. Su idea residía en el nacimiento del deporte moderno como herramienta de civilización social, pero también como espacio de desahogo para las múltiples exigencias que este proceso de civilización imponía a las corporalidades en el día a día. Dicho de otra forma, los *cuerpos* encuentran en el deporte una libertad de movi-

miento que repercute en la intensidad emocional que es compartida con quienes habitan el mismo espacio. En estos intercambios, nuestras subjetividades se construyen a través de nuestras experiencias deportivas, encontrando en ellas una sensibilidad inusual.

Avanzando un poco más, De Lauretis (1992) expuso una definición de experiencias con la que se refería a los procesos continuos que atravesamos y a través de los cuales aprendemos a gestionar nuestras realidades. Las experiencias se construyen y nos construyen en el día a día, como viajes encarnados en los que median nuestros cuerpos. Es decir, es aquello que experimentamos a través de lo que nos (de)construimos. Trasladando sus teorías al deporte, me gusta hablar de *experiencias encarnadas intensas* (Blanco García, 2021). Este concepto recoge todo lo que acabo de explicar, desde la necesidad de considerar los *cuerpos deportivos* de manera activa, olvidando su papel de meros reproductores de movimientos, pasando por el reconocimiento de la intensidad emocional a la que asistimos, que nos sirve para interiorizar formas exitosas de convivencia social y para compartir espacios de intimidad con nuestros/as semejantes. Y, por supuesto, con el reconocimiento de las experiencias como el viaje al que asistimos en nuestras trayectorias deportivas, impregnándose de aprendizajes sin un orden, ni límites estrictos.

Con todo ello, ¿por qué hablar de *cuerpos deportivos* bajo esta perspectiva? Los *cuerpos deportivos* son aquellos que viven en y a través del deporte. No sólo saltan, tiran un balón, golpean con una raqueta, se empujan, o se placan. Conviven, se emocionan y se (de)construyen a través de las experiencias que encarnan en el deporte. Es importante aclarar además que, si entendiéramos que estos *cuerpos* son sólo aquellos que practican deporte, reduciríamos un complicado conglomerado a una mínima representación del mismo. Por el contrario, cuando digo que son aquellos que viven el deporte no pretendo imponer ningún límite sobre quiénes lo hacen; eso sí, debe ser de manera regular y directa. Quienes entrenan todas las semanas, quienes encarnan roles profesionales, quienes disfrutan compitiendo, quienes saltan y corren... Las disposiciones del deporte nos envuelven a todas las personas que nos involucramos en el mismo de manera frecuente, quienes contamos con una trayectoria deportiva que nos identifica. Al fin y al cabo, no pretendo excluir a nadie que se sienta parte del deporte fuera de las consideraciones que en este capítulo se recogen, ni despojar a ninguno de los *cuerpos deportivos* de la valía de sus experiencias en el ámbito.

A partir de aquí, podemos empezar a hablar de la construcción de las (in)comodidades. ¿Por qué? Porque estas son dispuestas desde nuestras corporalidades y la mediación de nuestras experiencias en el espacio. Las comodidades e incomodidades no se erigen desde la individualidad, sino desde la convivencia de mujeres y hombres en el deporte, con los espacios en los que unos y otras se encuentran. Las (in)comodidades no podrían exponerse si no existiesen quienes las crean y quienes las sufren, quienes las crean y a la vez las sufren. Las incomodidades hablarán de la normalización de dinámicas cotidianas, de prácticas asentadas y de nuestra forma de adaptarnos a las realidades que de todo ello se derivan.

3. Experiencias incómodas en el deporte

Hablar de incomodidades en el deporte fue desde el principio un arduo trabajo. ¿Cómo hablamos de aquello que hemos normalizado durante tanto tiempo? ¿Cómo revisamos nuestras propias experiencias para encontrar incomodidades en momentos que habían significado celebración, alegría, unión...? Y, ¿cómo abrimos la crítica en aquellos espacios que nos han (de)construido durante tanto tiempo? Las incomodidades no hablan de escenarios prohibidos, ni de lugares a los que nunca quisimos asistir. Por el contrario, se refieren a muchos de los espacios que habitamos en el deporte, que hemos normalizado sin encontrar la capacidad, incluso la libertad, de cuestionarlos y cuestionarnos. Las narrativas de los *cuerpos deportivos* no exponen las incomodidades desde la denuncia, sino inmersas en sus trayectorias deportivas, sin querer que sus caminos hubieran sido diferentes, sin reconocer la peligrosidad de lo vivido, sin hacerlo “nuestro”. Las experiencias se vuelven inseguras y se proyectan en otros. Son otros quienes viven las incomodidades, siendo situaciones propias del deporte que aprendemos a tolerar y normalizar; ¿por qué íbamos a vivir nosotras esas incomodidades? No encontramos los espacios en los que identificarlas y señalarlas, porque hemos aprendido que son situaciones lógicas que responden a los escenarios que podemos y debemos ocupar en el ámbito deportivo.

Las experiencias incómodas son heterogéneas y envuelven una gran diversidad de escenarios. Ahora bien, es preciso aclarar algo: las incomodidades se construyen sobre las disposiciones de género y su forma de mediar en el contexto deportivo. Sabemos que el deporte ha sido tradicionalmente un contexto masculino y masculinizado (Marugan, 2019), sabemos que las mujeres nos hemos adaptado a este ámbito poco preocupado por ensayar nuestra inclusión, tal y como muestran las trayectorias deportivas femeninas (García García, 2015). En resumen, el deporte es un ámbito en el que se produce una exaltación de las feminidades y masculinidades tradicionales (Pfister, 2010), en el que todavía se alude a las capacidades físicas masculinas como rasgos identitarios y diferenciadores. Por lo tanto, nuestras experiencias siempre van “a la cola” de una masculinización con límites muy estrictos en cuanto a cómo debemos vivir(nos) y sentir(nos) en el contexto. Por eso, es lógico pensar que, si bien las comodidades e incomodidades serán construidas y reproducidas por todos los agentes, sus consecuencias se dirigirán principalmente a quienes no encajan en sus factores diferenciadores masculinizados. Es decir, principalmente las mujeres, pero también quienes no encajen en sus reproducciones heteronormativas del género.

Recuerdo una entrevista en la que un deportista relató su incomodidad ante la presencia de una preparadora física en su equipo. El jugador sentía que no podía hacer los mismos comentarios y bromas ante la presencia de una mujer; por el contrario, si fueran todos hombres estaría más cómodo, puesto que no tendría que cuidar qué tipo de comentarios hace y si pueden resultar ofensivos para alguien. En otra entrevista, una entrenadora de fútbol, deporte muy masculinizado en nuestro país, detallaba sus estra-

tegrías de adaptación a un vestuario masculino, con la finalidad de ser aceptada en su rol. Hablaba de esos comentarios que tenía que aceptar, incluso hacerse cómplice, para que no considerasen que en su presencia debían hablar diferente. También refería estrategias que jugaban con su sexualidad y la forma de exponerla ante los jugadores del equipo. En un momento dado hablaba incluso de la asunción de su inseguridad en los viajes, algo de lo que había huido a través de esas estrategias. Otro ejemplo, el de un entrenador que se refería a su tono de voz masculino y el poder que le otorgaba a la hora de controlar a su equipo femenino. Se detenía en las diferencias que encontraba entre los efectos de sus elevados tonos de voz y los que tendría una entrenadora, lamentándose por sus beneficios, pero concluyendo que seguiría utilizándolo mientras le fuera útil y efectivo con sus deportistas. Estos tres, entre otros tantos, son ejemplos de la construcción de experiencias de (in)comodidad en el deporte. Como vemos, tanto hombres como mujeres las encarnan y todos son escenarios cotidianos. Sin embargo, en los tres ejemplos hay algo en común: la incomodidad es estimulada ante la presencia y representación de las mujeres. La ocupación de las mujeres de puestos tradicionalmente masculinizados en espacios predominantemente masculinos, la falta de representación de las mujeres en puestos de liderazgo en los que se predispone la necesidad de encarnar capacidades masculinas o la puesta en marcha de estrategias que en ningún caso son relatadas por los entrenadores. De una u otra forma, las incomodidades se construyen sobre los escenarios masculinizados del deporte y derivan en la limitación de la presencia y representación de las mujeres. En última instancia, las experiencias de incomodidad acaban dirigiéndose siempre hacia las mujeres, determinando aquellos espacios en los que son bienvenidas y en los que pueden sentirse seguras.

4. ¿Dónde nacen estas incomodidades?

Las experiencias de incomodidad nacen de la cotidianidad del deporte, en la que construimos constantemente comodidades y, al contrario, incomodidades en nuestros encuentros. En consecuencia, no aparecen en escenarios específicos, no se encuentran en disciplinas determinadas, ni lugares concretos, sino que se relatan en una gran diversidad de espacios. Me atrevería a decir que prácticamente la mayoría de los *cuerpos deportivos* podrían relatar diferentes experiencias de incomodidad a lo largo de su trayectoria. Aun así, vuelvo a recalcar que lo característico es que casi todas ellas dirigirían sus consecuencias hacia las mujeres. Las incomodidades se proyectan en forma de perpetuación de la masculinización del contexto deportivo en realidades sociales que reniegan de convivir en tales discriminaciones obsoletas.

Cuando comenzaron a vislumbrarse las (in)comodidades en las entrevistas e investigaciones previas, encontré que estas experiencias nacían en lo que ya había entendido con la noción de *burbujas heteronormativas* (Blanco García, 2021). Nuevamente, el origen del concepto provenía de estudios sociológicos externos al deporte. García García

(2009) planteaba el estudio ordinario de las relaciones sociales mediante los denominados “laboratorios de género”, haciendo partícipes indiscutibles a las performatividades de género en nuestros intercambios. Es decir, lejos de entender las discriminaciones de género desde la estabilidad del sistema, se refería a las formas cotidianas de experimentar y encontrarnos a través del género, adaptando conflictos tradicionales a las realidades actuales. Así, se refuerza la idea de “hacer género” en procesos dinámicos que ya apuntaba Jamieson (1998). Desde aquí, plantear las *burbujas heteronormativas* en el deporte era una forma de reivindicar las discriminaciones y vulnerabilidades que se perpetúan en el ámbito contra las mujeres. No bajo la herencia de consideraciones estáticas que hablan de la prohibición o la limitación explícita de la presencia y representación de las mujeres, sino en esta idea de lo cotidiano. Se utilizan estrategias sutiles que refuerzan la masculinización del entorno, pareciendo que se debe a una mera elección de las mujeres, que prefieren (des)ocupar según qué espacios.

Las *burbujas heteronormativas* se refieren a una reproducción de las formas de organización tradicionales del deporte, tales como la diferenciación de categorías binarias de hombres y mujeres, un liderazgo masculino y masculinizado, una ocupación mayoritaria de hombres, la masculinización de capacidades deportivas tradicionalmente atribuidas a los hombres, etc. Para que nos entendamos, estas *burbujas* se refieren a cosas como una formación de entrenadores/as ocupada mayormente por hombres, una representación mayoritaria de las entrenadoras en categorías infantiles, asociándose más al cuidado que al rendimiento y la competición, la falta de representación de las mujeres en la dirección de clubes y federaciones, la falta de reconocimiento del deporte femenino, la falta de planes de igualdad y protocolos de prevención del acoso sexual y por razón de sexo en los clubes deportivos y las federaciones, la falta de transparencia, etc. Se construyen espacios en los que las mujeres siguen siendo cuestionadas y desacreditadas a diferentes niveles y en distintas cuestiones; en los que se mantiene el estatus de los hombres y se refuerzan sus posiciones. Las *burbujas heteronormativas* son la demostración de la perpetuación de las discriminaciones de género en el deporte desde la normalización de sus prácticas. Se reproducen de diferentes formas, pero persiguen una misma lógica.

Las comodidades e incomodidades se construyen en estos métodos. Las construyen todas las personas que participan de los espacios deportivos, pero lo hacen en función de estas dinámicas que se normalizan, como si fueran formas naturales de organización y distribución. Por supuesto, para analizar estas burbujas no sólo tenemos que hablar en términos del género, sino que se ven influidas por aspectos como la raza, la clase, la edad, la sexualidad, el capacitismo, etc. El deporte se ha construido sobre un ideal masculinizado muy concreto. Por el momento, en este capítulo no nos ocupa ir más allá de las discriminaciones contra las mujeres en una introducción al tejido en el que se enmarca. En este sentido, es importante entender que, en el momento en el que se descubren estas incomodidades, se destaca también su relación directa con la normalización de dinámi-

cas de vulnerabilidad dirigidas hacia las mujeres. Una vulnerabilidad que llega a hablar de las violencias sexuales en los entornos deportivos.

Si bien esta relación ha sido tejida a través de diferentes herramientas y estudios de investigación, las conclusiones desvelan que no es tan lejano el contacto. Como se pasará a continuación, diversas investigaciones han señalado en las últimas décadas que el deporte necesita urgentemente protocolos que garanticen la seguridad de sus agentes, especialmente de las niñas y mujeres. Lo que no hemos encontrado hasta el momento son más investigaciones que procuren entender qué es lo que está ocurriendo para que se den estos datos escalofriantes. Así que, si no comprendemos cuál es la raíz del problema, estos protocolos podrían resultar menos útiles de lo debido, sobre todo porque para que sean utilizados deben ser interiorizados. ¿Cómo vamos a considerar la denuncia de prácticas que no hemos problematizado? ¿Cómo vamos a encontrar abusos y acosos sexuales en dinámicas que nos han rodeado en nuestras trayectorias deportivas en forma de relaciones románticas?

5. Desde la adaptación a las incomodidades hacia la normalización de dinámicas de vulnerabilidad

Las niñas y las mujeres se encuentran en el deporte en alto riesgo de sufrir abusos y acosos sexuales, especialmente por parte de las figuras de entrenadores (Fasting et al., 2002; Kroshus, 2019; Toftegaard, 2001). En la mayoría de las investigaciones que se refieren a esta vulnerabilidad, muchas hablan de la infancia y la adolescencia, pero pocas hablan de la juventud, la edad adulta y del consentimiento. Por ejemplo, el reciente proyecto CASES (Hartill et al., 2021) señaló que el 20% de menores habría sufrido algún tipo de violencia sexual dentro del deporte antes de cumplir los 18 años. Parece que estos tipos de violencias sexuales ocurriesen sólo con deportistas menores de edad, recayendo en aquellas que se aproximan o alcanzan la mayoría de edad el consentimiento como fin último de validación de ciertas dinámicas que rompen con la libertad y la seguridad a la hora de mediar según qué relaciones, sea en el ámbito deportivo o no. Lo que ocurre es que en el deporte encontramos muchas de estas relaciones que en otros espacios son señaladas, socialmente rechazadas, e incluso enmarcadas en sanciones normativas y jurídicas. Ahora, ¿qué relación tienen estas violencias sexuales con las incomodidades?

Las incomodidades pueden llegar a hablar de las dinámicas de vulnerabilidad y las violencias sexuales en el deporte. En los relatos de diferentes deportistas comenzamos a preguntar sobre experiencias de incomodidad en sus trayectorias deportivas. Encontramos que muchas de ellas relataban experiencias desde la vergüenza, las dudas y la inseguridad. Sin habernos referido específicamente a ello, sus experiencias resultaban relacionarse con prácticas que envolvían acercamientos y relaciones con sus entrena-

dores, no siempre propias, sino más bien de compañeras o amigas. Estas relaciones, si bien habían convivido en la cotidianidad de sus equipos deportivos, no terminaban de resultarles confortables, pero tampoco se encontraban límites, ni juicios tajantes al respecto. Aquí comenzó mi interés en ocuparme de las deportistas jóvenes y adultas, teniendo en cuenta la relación entre la adaptación a las incomodidades a lo largo de sus trayectorias deportivas y la normalización de las dinámicas de vulnerabilidad cuando comienzan a despertarse la sexualidad y el consentimiento en relaciones que no atienden a las diferencias de rol, estatus y poder. Y es que, según avanzaban las entrevistas, pudimos comprobar que los relatos de las deportistas siempre comenzaban con narraciones de adaptación a incomodidades muy heterogéneas. Quienes habían sufrido insultos machistas por practicar deportes masculinizados en su infancia, quienes no recibían el apoyo de su familia en su trayectoria deportiva, quienes habían sido menospreciadas en sus labores de entrenadoras, quienes no eran reconocidas por sus clubes y federaciones según la profesionalidad que demandaba su nivel de competición, quienes debían masculinizar sus liderazgos para ser reconocidas en sus puestos, etc. Todas ellas encontraban alguna lógica a su situación, la normalizaban y se adaptaban a sus consecuencias sin interesarse por las debidas reclamaciones al respecto. Habían crecido en un ámbito que les había repetido una y otra vez que esto era lo normal, incluso que tenían suerte de ser niñas y mujeres en sus disciplinas deportivas, ya fuera por la menor competencia que encontrarían a lo largo de su trayectoria deportiva e, incluso, por la simple oportunidad de desarrollarla. Una vez estas estrategias están asentadas, comienzan los relatos normalizados de las dinámicas de vulnerabilidad.

Las dinámicas de vulnerabilidad comienzan hablando desde la sutileza: prácticas que pasan por la utilización del tono de voz, una necesidad de demostrar el liderazgo en el rol de entrenador, el atractivo del control del equipo y la exposición del poder, y, en algunos casos, una fuerte ruptura de identificación fuera y dentro del contexto deportivo, arrastrando sus formas de relacionarse con el grupo de deportistas en unos y otros ambientes. Desde aquí, viajamos hasta la normalización de relaciones románticas entre entrenadores y deportistas en las que prevalece una importante diferencia de edad y estatus; en las que los entrenadores mantienen un explícito poder sobre su pareja-deportista no sólo en su rol deportivo, sino también en su sociabilidad, con su equipo, sus compañeras y el club. Estas prácticas, en las que tan evidente resulta la denuncia para miradas ajenas al deporte, conviven en el deporte día a día. Prevalecen formas de organización jerárquica, con grupos reducidos que presumen de cierta impermeabilidad y una cercanía inusual en otros espacios. En estas circunstancias, si además tenemos en cuenta la romantización de ciertas escenas heteronormativas que siguen reproduciéndose y la confusa exposición del consentimiento que todavía se mantiene en muchos colectivos sociales (Pérez Hernández, 2016), las dinámicas de vulnerabilidad quedan dibujadas. En ellas, las mujeres jóvenes y adultas están expuestas a una peligrosidad poco explorada hasta el momento desde las investigaciones sociológicas.

6. Conclusiones

Cerrar este capítulo resulta complicado, habiéndome visto obligada a dejar de lado algunos análisis primordiales para poder centrarme sólo en el camino que aquí nos envuelve: enfocar las incomodidades, en tanto formas de encarnar la vulnerabilidad en el contexto deportivo actual. Además, denunciar la urgencia de ampliar las investigaciones que vislumbren las lógicas que deben deconstruirse para garantizar la inclusión y seguridad de las mujeres en el deporte.

En una tradición deportiva en la que las niñas y mujeres siguen adaptándose a realidades que no responden a sus necesidades, las construcciones de las (in)comodidades juegan constantemente con la oportunidad que se les blinda para formar parte de según qué espacios. Por supuesto, ninguno (o casi ninguno) será directamente negado, sino que se darán las circunstancias debidas para que no parezca adecuado, o incluso sean las propias mujeres las que no sientan su capacidad, necesidad o simplemente interés en formar parte de ellos. Así se van construyendo las *burbujas heteronormativas*, en las que tenemos dos opciones: gozar de la falsa tranquilidad que nos aporta el convivir según los límites impuestos o convivir a través de estrategias de adaptación que requieren una negación constante de nuestras incomodidades. Aquí, serán las propias mujeres quienes se vean abocadas a encontrar razones ante una u otra opción, siempre desde su (falsa) elección y desde el reconocimiento de sus oportunidades.

De estos escenarios derivan diferentes problemáticas. Una de ellas es la conexión directa que encontramos entre estas adaptaciones al contexto, la normalización de las incomodidades y el surgimiento de las dinámicas de vulnerabilidad cotidianas. Estas dinámicas de vulnerabilidad hablan de la peligrosidad que viven niñas y mujeres en el contexto deportivo, muchas veces desde las mismas estrategias de normalización que quedan entretejidas en las (in)comodidades. En última instancia, esta peligrosidad queda reflejada en las altas prevalencias de las violencias sexuales en el contexto deportivo.

En conclusión, este capítulo ha querido incluir reflexiones cruzadas a través de diferentes etapas de investigación, cuya finalidad ha sido reivindicar las discriminaciones y vulnerabilidades a las que se enfrentan todavía hoy las mujeres en el deporte. Hablo desde la cotidianidad, desde nuestros encuentros ordinarios, pero no puedo evitar recordar la falta de políticas públicas, de proyectos, de planes, de protocolos de prevención y de sensibilización que todavía prevalecen en el deporte en lo que respecta a la inclusión y la seguridad de las mujeres. El deporte, como espacio de socialización desde la infancia y a lo largo de la vida, necesita trabajar en la (re)construcción de sus espacios para asentarse en las nuevas realidades y garantizar la seguridad de sus agentes.

7. Referencias bibliográficas

- Alfaro, E. (2008). Mujer joven y deporte. *Revista de Estudios de Juventud*, 83, 119-141.
- Bermúdez Torres, C., & Sáenz-López, P. (2019). Emociones en Educación Física. Una revisión bibliográfica (2015-2017). *Retos*, 36, 597-603. <https://doi.org/10.47197/retos.v36i36.70447>
- Blanco García, M. E. (2021). *Deporte, cuerpo y género: los equipos deportivos como espacios de vulnerabilidad*. Memoria para optar al grado de Doctor. Universidad Complutense de Madrid.
- Blanco García, M. E. (2022). Una aproximación a las emociones en los equipos deportivos. *Retos*, 44, 636-648. <https://doi.org/10.47197/retos.v44i0.91654>
- Brackenridge, C. (2003). Dangerous sports? Risk, responsibility and sex offending in sport. *Journal of Sexual Agression*, 9(1), 3-12.
- De Lauretis, T. (1992). Semiótica y experiencia. En: De Lauretis (eds). *Alicia ya no*. Feminismo, Semiótica, Cine (251-294). Cátedra.
- Elías, N., & Dunning, E. (1992). *Deporte y ocio en el proceso de civilización*. Fondo de Cultura Económica.
- Esteban, M. L. (2013). *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Edicions Bellaterra, S.L.
- Fasting, K., Brackenridge, C., & Walserth, K. (2002). Consequences of sexual harassment in sport for female athletes. *Journal of Sexual Agression*, 8(2): 37-48. 10.1080/13552600208413338
- García García, A. A. (2009). *Modelos de identidad masculina: Representaciones y encarnaciones de la virilidad en España (1960-2000)*. Memoria de Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid.
- García García, J. (2015). *El origen del deporte femenino en España*. Full Color Print Color.
- Hartill, M., Rulofs, B., Lang, M., Vertommen, T., Allroggen, M., Cirera, E., Diketmueller, R., Kampen, J., Kohl, A., Martin, M., Nanu, I., Neeten, M., Sage, D., & Stativa, E. (2021). *CASES: Child abuse in sport: European Statistics – Project Report*. Edge Hill University.
- Jamieson, L. (1998). *Intimacy: Personal Relationship in Modern Societies*. Polity.
- Kroshus, E. (2019). College Athletes, Pluralistic Ignorance and Bystander Behaviors to Prevent Sexual Assault. *Journal of Clinical Sport Psychology*, 13, 330-344. <https://doi.org/10.1123/jcsp.2018-0039>
- Marugán Pintos, B. (2019). *El deporte femenino, ese gran desconocido*. Instituto de Estudios de Género, Universidad Carlos III de Madrid.

- Ministerio de Cultura y Deporte (2023). Anuario de Estadísticas Deportivas 2023. <https://www.educacionfpydeportes.gob.es/dam/jcr:c623c493-de28-4973-8f8a-62ed8b8f9b03/aed-2023.pdf>
- Pérez Hernández, Y. (2016). Consentimiento sexual: un análisis con perspectiva de género. *Revista mexicana de sociología*, 78(4), 741-767.
- Pfister, G. (2010). Women in sport - gender relations and future perspective. *Sport in Society*, 13(2), 234-248. 10.1080/17430430903522954
- Sonllewa, M., Martínez, A., & Monjas, R. (2018). Los procesos de evaluación y sus consecuencias. Análisis de las experiencias del profesorado de Educación Física. *Estudios Pedagógicos*, 44(2), 329-351. <https://doi.org/10.4067/S0718-07052018000200329>
- Toftegaard Nielsen, J. (2001). The forbidden zone. Intimacy, sexual relations and misconduct in the relationship between coaches and athletes. *International Review for the Sociology of Sport*, 36(2), 165-182. <https://doi.org/10.1177/101269001036002003>

Este libro aborda la relación de las mujeres con el deporte y la educación física, destacando cómo, a pesar de los avances logrados en las últimas décadas, la igualdad real sigue siendo un desafío. Históricamente, las mujeres han enfrentado barreras estructurales que limitan su participación en todas las áreas deportivas, desde la práctica de ejercicio físico hasta el desarrollo profesional y la visibilidad mediática, lo que tiene repercusiones en la salud de las mujeres, sus oportunidades académicas y laborales y sus derechos educativos.

La obra, dividida en cuatro bloques, comienza con un análisis sobre la representación de las mujeres en los estudios y profesiones deportivas. Este bloque rescata figuras históricas femeninas invisibilizadas, revisa la representación de mujeres deportistas en materiales educativos y propone incorporar la perspectiva de género en estudios de Ciencias del Deporte. El segundo bloque examina la representación femenina en el ámbito deportivo, abordando el abandono del deporte en la adolescencia, el tratamiento sexista en los medios y los retos enfrentados por mujeres con discapacidad. También se exploran factores como la movilidad urbana desde una perspectiva de género.

El tercer bloque se centra en la salud de las mujeres, enfatizando la importancia del ejercicio físico en etapas clave como la menopausia, el embarazo y el posparto. También analiza las barreras al entrenamiento de fuerza y su promoción bajo una perspectiva feminista. El cuarto y último bloque aborda la violencia que sufren las mujeres y la infancia en contextos deportivos y educativos, destacando la necesidad de visibilizar estas problemáticas y proponer soluciones desde la formación y la sensibilización.

Enmarcado en el contexto del I Congreso Internacional de Mujeres en las Ciencias del Deporte celebrado en Valencia en octubre de 2023, este libro reflexiona sobre los logros alcanzados y los nuevos desafíos que enfrentan las mujeres del siglo XXI en el ámbito deportivo a través de la mirada de 24 autoras vinculadas a las profesiones del deporte que buscan construir un futuro donde el respeto por los derechos de las mujeres y las niñas sea una realidad.

CÀTEDRA
DONA I
ESPORT



feminae

